

## XVII

Al siguiente día D. Mauro se desvivió obsequiando á su sobrina; pero tan ramplonamente lo hacia, que cada una de sus finezas era una gansada y cada movimiento una coz.

---Restituta---decía,--- no quiero que trabaje la muchacha. ¿Oyeslo, hermana? Inés es mi sobrinita, y todo es para ella. Si hace falta coser, aquí tengo yo mi dinero para pagar costuras. Sácame el vestido nuevo, que me lo quiero poner todos los días, y quiero estar en la tienda con él... y no me pongas olla con cabezas de carnero, sino que quiero carne de vaca para mí y para este angelito de mi sobrina... y lo que es el collar que tengo apalabrado, lo compro hoy mismo...y aquí no manda más que yo...y voy á traer un fortepiano para que Inés aprenda á tocar...y la voy á llevar en coche á la Florida...y si entra mañana el nuevo Rey, como dicen, hemos de ir todos á verle, y yo con mi vestido nuevo y mi sobrinita agarrada del brazo ¿No verda, prenda?

Restituta quiso protestar contra estos despilfarros; pero amoscóse su hermano, y no hubo más remedio que obedecer, aunque á regañadientes. Merced á la enérgica resolución del amo de la casa, vióse la trastienda honrada con lousitados y allí nunca vistos platos, aunque doña Restituta

firme en su adhesión el antiguo régimen no probó de ninguno.

---Hermana---le decía Don Mauro,---ya estoy de miserias hasta aquí. Nada, no más trabajar. ¿Ves esta gallina, Inesilla? Pues te la tienes que comer toda sin dejar ni una tripa, que para eso la he comprado con mi dinero. Y aquí te tengo un guarda pies de raso verde con eses de terciopelo amarillo que te has de poner mañana si vamos á ver entrar al Rey...Y también te has de poner unos zapatos azules y unas medicitas encarnadas con rayas negras, y también tengo echado el ojo á una escofieta que lo menos tiene catorce varas de cinta de varios colores...Con que á ponerse guapa...por que lo mando yo.

---Buenas cosas le estás enseñando á la niña---Dijo doña Restituta, dirigiendo oblicuamente los ojos á las prendas indicadas, que acaban de traer á la tienda.

En efecto, señores, la generosidad de Don Mauro era tan bestial como su tacañería y salvajismo; así es que su empeño en que Inés se vistiera con tan chavacano y ridículo traje, fué uno de los mayores tormentos que padeció la huérfana durante su encierro.

---Esta tarde---continuó el tío,---voy á traer dos ciegos para que toquen, y puedas bailar cuanto quieras, Inesilla. Yo quiero que bailes lo menos tres horas seguidas, y así has de hacerlo, por que yo lo mando... y aquellos pendientes de á cuarta que están arriba, y son nuestros, porque no han venido á desempeñarlos, te los pondrás en tus lindas orejitas.

---Si, para ella estaban---dijo con avinagrado gesto doña Restituta.--- ¡Dos pendientes de filigrana de oro, largos como bajos de campana, y que pertenecieron á una camarista de la reina Doña Isabel de Farnesio! Hermano, tengamos la fiesta en paz.

---Aquí no manda nadie más que yo---exclamó Requejo haciendo retemblar de un puñetazo el cajón que servía de mesa.

Como es de suponer, Inés se resistió á ponerse los vestidos de sainete comprados por D. Mauro, lo cual puso de muy mal humor al buen comerciante, quien no tuvo sosiego durante todo aquel día, y se quitó y se puso repetidas veces el traje nuevo, jurando que en su casa nadie mandaba más que él.

Al lector habrá sorprendido una circunstancia, y es que en tres días que yo llevaba de permanencia en la funesta casa, no pudiera ni una vez tan sólo hablar con Inés. La suspicacia del ama era tan atróz y tan previsor, que siempre que bajaba del entresuelo á la trastienda, como no fuera la hora tristísima de la comida, la dejaba encerrada guardando la llave en su profundo bolsillo. Esto me desesperaba, quitándome toda esperanza de salvar á la pobre huérfana, hasta que un día, resuelto á comunicarme con ella, aceché la ocasión en que Doña Restituta estaba desplumando á unos infelices en el despacho de los préstamos, y acercándome á la puerta del encierro, la llamé muy quedamente. Sentí el roce de su vestido, y su voz me preguntó:

—Gabriel, ¿eres tú?

—Sí, Inesilla de mi corazón. Hablemos un poquito, pero no alces la voz. Haré mucho ruido con la escoba para que no nos oigan.

—¿Cómo has venido aquí? Di, Gabrielillo, ¿me sacarás tú?

—Reina, aunque aquí hubiera cien mil Requejos y ochocientas mil Restitutas, te sacaría. No llores ni te apures. Pero di, picarona, ¿me quieres ahora menos que antes?

—No, Gabriel—me contestó.—Te quiero más, mucho más.

Hice mucho ruido, y dí mil besos á la puerta.

—Toca con tus dedos en la puerta para que yo te sienta—dije.

Inés dió algunos golpecitos en la madera, y después me interrogó.

—¿Tardarás mucho en sacarme? Escribe á mi tío para que venga por mí.

—Tu tío no conseguiría nada de estos cafres. Espera y confía en mí. Chiquilla hazme el favor de besar la puerta.

Inés besó la puerta.

—Yo te sacaré de esta casa, prenda mía, ó no soy Gabriel—le dije.—Haz por no disgustarles. Si te quieren sacar de paseo no te resistas. ¿Oyes bien? Déjame á mí lo demás. Adiós, que viene la culebra.

—Adiós, Gabriel. Estoy contenta.

Ambos besamos la barrera que nos separaba, y el diálogo acabó, porque consumado en el despacho de los préstamos el asesinato pecuniario, salieron las víctimas, y tras ellas Doña Restituta, radiante de ferocidad avariciosa. En su cara se conocía que había hecho un buen negocio.



## XVIII

Aquella noche vino á la tertulia de la trastienda, además del Sr. Lobo, Doña Ambrosia de los Linos, tendera de la calle del Príncipe, á quien mis lectores, si no me engaño, tienen el honor de conocer, pues algo me parece que figuró en los sucesos que conté anteriormente.

Su difunto esposo había sido compañero de Don Mauro en el cargamento y arrastre de fardos y mercancías, y desde entonces entre ambas familias quedó establecida cordial amistad. Reconocióme Doña Ambrosia, mas no dijo nada que pudiese desfavorecerme en el concepto de mis nuevos amos, y cuando se hubo sentido, operación no muy fácil, dados su volumen y la estrechez de los asientos, soltó la sin hueso en estos términos:

—¿Cómo es eso, Restituta, cómo es eso, Don Mauro, con que han ido ustedes á ver la entrada de los franceses? Pues, hijos, les aseguro que era cosa de ver. ¡Qué majos, son, válgame el santo Angel de la Guarda! . . . Pues digo, si da gloria ver tan buenos mozos . . . y son tantos, que parece que no caben en Madrid. Si viera usted, Don Mauro, unos que andan vestidos al modo de moros, con calzones como

los maragatos, pero hasta el tobillo, y unos turbantes en la cabeza con un plumacho muy largo. Si vieras, Restituta, ¡qué bigotazos, qué sables, qué morriones peludos, y qué entorchados y cruces! Te digo que se me cae la baba. . . . Pues á esos de los turbantes creo que los llaman *zamacuecos*. También vienen unos que son, según me dijo Don Lino Paniagua, los *tragones de la guardia imperial*, y llevan unas corazas como espejos. Detrás de todos venia el general que los manda, y dicen está casado con la hermana de Napoleón. . . . es ese que llaman el gran duque de *Murraz* ó no sé qué. Es el mozo más guapo que he visto; y cómo se sonreía el picarón mirando á los balcones de la calle de Fuencarral. Yo estaba en casa de las primas, y creo que se fijó en mí. ¡Ay hija, qué ojazos! Me puse más encarnada. . . . Por ahí andan pidiendo alojamiento. A mí no me ha tocado ninguno, y lo siento, porque la verdad, hija, esos señores me gustan.

—Gracias á Dios que tenemos Rey—dijo Don Mauro.—Y usted, Doña Ambrosia, ¿ha vendido mucho estos dias? Porque lo que es de aquí no ha salido una hilacha

—En mi casa ni un botón—contestó la tendera.—¡Ay, hijito mío! Ahora cuando ese saladisimo Rey que tenemos arregle las cosas, hay esperanzas de hacer algo. ¡Qué tiempos, Restituta, qué tiempos! Pero no saben ustedes lo mejor, ¿no saben ustedes la gran noticia?

—¿Qué?

—Que mañana hará su entrada triunfal en Madrid el nuevo Rey de España, Sr. Don Fernando el Séptimo.

—Ya lo sabe hoy todo Madrid.

—Pues no nos quedaremos sin ir á verle; óyelo tú, Restituta, óyelo tú, Inés—dijo Requejo.—mañana no se trabaja.

—Yo, primero me aspan que dejar de ir á verlo—dijo Doña Ambrosia.—Los primos han salido esta noche al camino de Aranjuez para esperarle. ¡Ay qué alegría, Sr. Don Mauro! ¡Si viviera mi esposo para verlo! El que me decia: «mientras duren este Rey y está Reina del tres al cuarto,

no tendremos un gobierno ilustrado.» Mañana va á ser un día de alegría. Yo tengo un balcón en la calle de Alcalá, y ya hemos encargado al valenciano media docena de ramos de flores para apedrear con ellas á S. M. cuando pase.

—Nada, lo dicho—exclamó Don Mauro,—si ésta no quiere ir que se quede en la tienda. Inés me coserá la manga del casaquín, se me rompió ayer cuando me lo quité. . . . Veremos qué tal sabe hacer Gabriel el colete. . . Por supuesto, Inesilla, si quieres coger uno de esos frascos de agua de clavel que tienes á mano derecha, puedes hacerlo. Todo es para ti.

Así siguió la conversación sin ningún incidente notable en lo sucesivo, por lo cual la omito, pues supongo al lector poco interesado en conocer la historia de la enfermedad que padeció el esposo de Doña Ambrosia, trágico acontecimiento que ella refirió.

Los únicos personajes siempre mudos en aquellas tertulias, además de un servidor de ustedes, eran Inés y el Sr. Juan de Dios, este último, por ser hombre de pocas palabras como he dicho.

Llegó el día 24 de Marzo, y la cabeza de Don Mauro, peinada por mí, salió á competir con el sol en brillo y hermosura. Doña Restituta, que no pudo resistir á las súplicas de su hermano, frotóse con una toalla el apergaminado forro de su cara hasta sacarle lustre, y después se puso el mismo clásico traje con que por primera vez se presentó á mis ojos en Aranjuez.

Por más que Don Mauro atronó la casa, no pudo conseguir que Inés se disfrazara con el guarda-pies verde, las medias encarnadas, las azules botas y la escofieta que su vanidoso tío compró para adornar dignamente á la que consideraba como futura esposa. Negóse la muchacha á ser objeto de una fiesta pública, y al fin, para decidirla á salir, la permitieron vestirse con su ropa de luto. Luego que los tres estuvieron apercibidos, encargaron á Juan de Dios el cuidado de la casa, y Don Mauro me dijo gravemente.

—Gabriel, hoy es día de descanso. Vente con nosotros: con eso me enderezarás el rabo del colete si se me tuerce, y me ayudarás á ponerme los guantes cuando pase S. M., pues hasta ese momento no quiero meter mis manos en tal Inquisición. ¿Qué te parece? ¿Voy bien? Tira de ese faldón, que está arrugado. Mira, chiquillo, haz el favor de meter bonitamente tu mano por entre la casaca y la chupa, hacia la espalda, y rascarme en esa paletilla derecha, que no parece sino que se ha juntado ahí un regimiento de pulgas. . . Así. . . así. . . basta ya.

Dicho esto, y rascado el asno, tomé mi gorra y salimos. ¡Ay Dios mío, cómo estaba esa Puerta del Sol, y esa calle Mayor, y esa calle de Alcalá! Mis lectores, cualquiera que sea su edad, habrán visto una de las solemnes entrañas con que nos obsequia cada pocos años la historia contemporánea, de modo que para hacerles formar una idea de aquel gentío, de aquella algazara y de aquel júbilo, me bastará decirles que lo del 24 de Marzo de 1808 no se diferenció de lo visto en años posteriores, sino en la exajeración del delirio.

De los balcones de las casas nobles pendían las ricas colgaduras de damasco con su ancho escudo y brillantes flecos, prendas vinculadas que hasta hace poco han lucido, ya marchitas y mermadas como el patrimonio de sus dueños, en alguna fiesta de Corpus.

Las demás casas se engalanaban con lo que el entusiasmo de sus inquilinos había encontrado á mano, siendo considerable la cantidad de piezas de musolineta que un pueblo loco lanzó al aire de balcón á balcón en aquel memorable día. La multitud infinita de abanicos con que resguardaban del sol su cara los millares de damas asomadas á los balcones, ofrecía un aspecto sorprendente, y cuando la vista recorría panorama tan encantador, causábale cierto desvanecimiento el incesante ondular de los que se movían dando aire á sus dueñas.

Aquel parlante dije español en tan inmenso número reproducido, presentando alternativamente al sol una de sus caras, ya blanca, ya azul, ya roja, y adornado con lentejuelas de plata y oro, remedaba el aleteo de millares de pájaros pugnando por levantar el vuelo. Era un día de Marzo de esos que parecen días de Junio, privilegio de la corte de las Españas, que suele abrasarse en Febrero y helarse en Mayo. La naturaleza sonreía como la nación.

El abigarrado gentío que poblaba las calles se componía de todas las clases de la sociedad, abundando principalmente la manolera y chispería, hombres y mujeres, viejos y muchachos. Los ancianos inválidos y gotosos habían dejado el lecho, y sostenidos por sus nietos abrianse paso.

Las viejas santurronas que durante tantos años olvidaran todo camino que no fuera el de sus casas á la cercana iglesia, acudían también llevadas de la devoción al nuevo Rey, y felicitándose las unas á otras aturdián á los demás con el cotorreo de sus bocas sin dientes. Los niños no habían asistido á la escuela, ni los jornaleros al trabajo, ni los frailes al coro, ni los empleados á la covachuela, ni los mendigos á las puertas de las iglesias, ni las cigarreras á la fábrica, ni los profesores á las Vistillas dieron clase, ni hubo tertulia en las boticas, ni meriendas en la pradera del Corregidor, ni jaleo en el Rastro, ni colisión de carreteros en la calle de Toledo.

La muchedumbre, obligada por su colosal corpulencia á estarse quieta, se arremolinaba y estremecía como un mónstruo atado. Agrietábase á veces aquella gran masa, pero el suaco abierto era invadido por la corriente: de pronto crecía la aglomeración en un punto y se aclaraba en otro. El empuje era tremendo, y el retroceso tan peligroso, que había riesgo de ser hollado por las mil patas de la bestia. El zumbido con que aquel enjambre manifestaba sus impresiones, trastornaba el cerebro más fuerte: exclamaciones de alegría, diálogos entusiastas seguidos de abrazos genero-

sos, gritos de dolor á consecuencia de los callos ablastados, ó de indignación por cada sombrero que perdía su hechura, se unían á las donosidades de las majas, que arrojaban escararas de naranja sobre los petimetres, y á los lamentos de los mendigos haraposos y mutilados que escurriéndose entre la multitud, aún allí imploraban la caridad enseñando una nierna leprosa ó una mano deforme.

Nosotros tuvimos que quedarnos en la Puerta del Sol. Una de las oscilaciones del gentío nos llevó hacia la acera que hoy une las calles de Espóz y Mina y Carretas; otra oscilación nos arrastró hacia la Inclusa, que estaba entre las calles del Carmen y de Preciados; y por último, un nuevo sacudimiento, haciéndonos pasar por ante Mariblanca, nos encaminó hacia el Buen Suceso, á cuya verja nos agarramos Don Mauro y yo, para no ser nuevamente arrastrados á merced de aquel oleaje.

Yo me alegraba de que esto sucediera, por si en alguna evolución quedábamos Inés y yo apartados de los Requejos; pero buen cuidado tenía Don Mauro de no separarse de la muchacha, y antes le hubiera roto el brazo que soltarla; tal era la fuerza con que su mano lagartijera tenía aprisionados los olivares de Jaén y las yeguas de Córdoba.

Situados donde he dicho, aguardamos la aparición de aquel sol hespérico, de aquel iris de paz, de aquel Príncipe Fernando, que este pueblo, á ser pagano, hubiera puesto en la jerarquía de sus dioses más queridos. En derredor nuestro zumbaban algunas viejas.

—¡Ay, mi señora Doña Gumerçinda!—decía una estantigua.—Dios y mi patrono San Serapio, ese bendito fraile de la Merced que es abogado contra los dolores de coyunturas, han que yo no mordiera la tierra sin ver este día.

—¡Ay, mi señora Doña María Facunda!—contestaba otra.—Desde que entró en Madrid al venir de Nápoles el Sr. Don Carlos III, á quien ví desde este mismo sitio, no ha habido en Madrid una alegría semejante. ¿Pero usted no llora?

—¿Pues no ve usted, señora Doña Gumersinda? Bendito sea el Señor, que nos ha permitido ver este día. Al menos se morirá una con la alegría de que España sea feliz con ese gran Rey que Dios nos ha dado. ¡Pues pocos rosarios he rezado yo para que esto sucediera! . . . Al fin la Virgen nos ha oído, y si nosotras no nos estuviéramos en la iglesia rogando día y noche, ya podía la nación esperar sentada su felicidad.

—¿Pero usted no ha visto al Príncipe, señora Doña María Facunda? Si es el más rozagante, el más lindo mozo que hay en toda España y sus Indias. Yo le ví el día de la jura, y me parece que le tengo delante.

—No le he visto. Ya sabe usted, señora Doña Gumersinda, que desde que reñí con aquel oficial de walonas que me quería tanto, allá cuando echaron á los jesuitas, no he vuelto á mirar á la cara á ningún hombre.

—¿Pero oiga usted, dicen que viene, ya está cerca!

En efecto; se oían las exclamaciones del gentío apelmazado en la calle de Alcalá, y muchos gritaban: ¡Ya viene por la Cibeles! ¡Ya viene por el Carmen Descalzo! ¡Ya viene por las Baronesas! ¡Ya viene por los Cartujos!

Una voz conocida me hizo volver la cara. Pacorro Chinitas, el famoso amolador, cuyas opiniones no habrán olvidado ustedes, estaba detrás de mí disputando acaloradamente con una mujer del pueblo, gruesa, garbosa, de ojos vivos, lengua expedita y expeditísimas manos.

—¿Que en todas partes has de meter camorra condenada mujer!—decía Chinitas.—Vete callando, que ya me sube la mostaza á la nariz.

—No me da la gana de callar—contestó la Primorosa, cruzándose en la cintura las puntas del pañuelo que le cubría los hombros.—¿Pues qué, estamos en misa? Si ese señorito del tupé no se nos quita delante. . . .

Un petimetre, que olía á jazmín, volvió la compungida cara pidiendo mil perdones á la emperatriz del Rastro.

—¡Eh, tío *cata caldos!*—continuó la Primorosa, tirando de los faldones al currutaco—¡Quítese de ahí, que me estorba!

—Mujer, deja en paz á ese caballero. Mira que la armo.

—¡Sopa sin sal, endino!—exclamó la manola, mostrando sus dedos cuajados de anillos con piedras falsas.—¡Pos pa qué quiero estas cinco manos de almirez! ¡Enriten á la Primorosa y verán lo güeno! ¡Eh. . . . señor marqués del Barrilete!—añadió dirigiéndose á Don Mauro,— que me está usted metiendo por los ojos el rabo de su peluquín.

—Mujer—insistió Chinitas,—que donde quiera que vamos me has de avergonzar. . . .

El petrimetre se volvió hacia nosotros y dijo, infestándonos con los perfumes de su ropa:

—No se puede estar donde hay gente ordinaria.

—¿Qué es eso de gente ordinaria?—exclamó la Primorosa atropellando á los que tenía al lado para abalanzarse hacia al almibarado joven.—Ya. . . á mí con esas. Eh, Nicolasa, Bastiana, Polonia, mira al Sr. de Pluma, al que la otra noche le prestamos dos reales pa osequiar á las madamas que llevó á tu casa. . . . Señor marquesito de la olla vacía, menos facha y más comenencia con las señoras, porque yo soy muy reseñora y muy requete-usia, y se dar pa el pelo, y vivan los farolones de Madrid.

A este punto llegaba, cuando un rumor cercano indicó que el Príncipe estaba cerca. La Primorosa, con las majas que la seguían, trató de atravesar el gentío, dando codazos y manotadas á derecha é izquierda.

—Ea, desapártense toos, que viene el sol del mundo. A un lao, á un laito, señores.

Bastiana, Nicolasa, quitáros las flores del pelo, y vengán acá, que yo se las daré al lucero de las Españas. Miralo allá, viene á caballo por la Aduana.

A fuerza de empujones, la Primorosa logró, ¡cosa inaudita! despejar en torno suyo un breve espacio, donde campeaba sin obstáculo. Pero queriendo avanzar más aún, halló insuperable barrera en la persona de un *majo decente*, que con la capa en cuadril y el sombrero sobre la ceja, rechazaba varonilmente á cuantos intentaban adelantar hacia el centro de la carrera.

— ¡Cómo! — dijo la *maja* con centelleante ira. — ¿Qué no se pasa? ¿Y quién lo ize? Tú, Pujitos. Anda, y que güeno me sabe.

— No se pasa — dijo Pujitos, que se esforzaba en poner á la multitud en fondo, en filas, en compañías, en batallones y en brigadas. — Póngase ca una en su puesto, y no ladrar. Orden, señores, toos en fila. Primorosa, las mujeres á sus casas, y aquí denguna me levante el chillío.

— Pujitos de mi corazón — dijo la Primorosa con terrible ironía, clavando ambas manos en la cintura. — Si te requiero, si he venido por verte, si aquí vengo á pedirte de rodillas que me dejes pasar, aquí traigo un irgumento pa tu cara de peine viejo. ¿Quiés verlo? .... Pues toma.

Aún no lo había dicho, cuando rápida, fuerte y destructora como un ariete romano, la mano derecha de la *maja* voló en dirección de la cara de Pujitos, y el carrillo de éste resonó con tremendo chasquido. Uno risotada general fué el himno con que los circunstantes celebraron la desgracia de Pujitos, el cual, vacilando primero y desplomado después, fué á caer sobre un fraile, rompiéndole la escofieta á doña María Gumersinda. La multitud hizo un movimiento: el oleaje corrió de un lado á otro, y Pujitos desapareció ante nuestra vista como un cuerpo que cae al mar.

La causa de aquel movimiento de la muchedumbre fué una nueva irrupción de carne humana en aquel recinto estrecho donde ya había tanta. Un destacamento de la guar-

dia Imperial, con Murat á la cabeza, apareció por la calle del Arenal.

Figuraos un pie que se empeña en entrar en una bota donde ya hay otro pie. El gran duque de Berg, petulante y vanidoso, se obsiñó en presentarse con sus tropas en la carrera por donde habia de pasar el Rey, lo cual no tenía nada de culpable; pero lo hizo tan inoportunamente, y sus mamelucos y dragones vejaron de tal modo al pueblo madrileño, que algunos historiadores hacen datar desde aquella hora la general antipatia de que los franceses fueron objeto. La multitud es un río, cuyo nivel no puede subir cuando recibe el caudal de otro río; y tiene que acomodarse juntando carne con carne y hueso con hueso, hasta que desaparece la personalidad humana en el informe conjunto. Esto pasó cuando los franceses penetraron en la estrecha plaza, y una tempestad de silbidos, reconconvenciones é insultos fué la primera manifestación del pueblo español contra los invasores.

Entre tanto, el desconcierto crecía, la sofocación iba en aumento: Don Mauró bramó como un toro, Doña Restituta lanzó un gemido desde el fondo de su angosto pecho... pero la multitud olvidó sus penas, porque ya estaba cerca, ya venía, ya le veíamos en su caballo blanco, que apenas podía dar un paso; ya embocaba en la Puerta del Sol, ya se agitaban los abanicos; llovían ramos de flores, alzábase de la superficie de aquel inquieto mar un rumor espantoso, cruzaban el aire como pájaros desbandados millares de gorras, y los brazos convulsos sobresalian de las cabezas descubiertas; los pañuelos no eran bastante expresivos, y las capas eran desplegadas como banderas de triunfo.

Eutonces la masa de gente que estaca en torno mío avanzó con irresistible empuje. Don Mauro y Restituta clavaron las uñas en las mangas del vestido de Inés, que se les escapaba; pero un girón de tela se quedó en sus manos é Inés en mis brazos. Miré á la derecha, y ví entre una aglomeración de cabezas el colete de Don Mauro y el moño de Do-

ña Restituta, que huían llevados como despojos de naufragio sobre la espuma de aquel mar alborotado. Estábamos solos.

Inés y yo nos abrazamos, y el gentío, comprimiéndose después, estrechaba á Inés contra mí, como si de nuestros dos cuerpos hubiera querido hacer uno solo.



## XX

Transcurrieron muchos días desde aquel, famoso por la entrada de nuestro Soberano, sin que se alterara con ningún accidente la uniformidad de la casa de los Requejos.

Largo tiempo estuve sin poder hablar con Inés, aunque vivíamos tan cerca el uno del otro; pero el encierro en que la guardaba Restituta era cada vez más inaccesible, y la vigilancia llegó á ser un acecho implacable. D. Mauro estaba furioso algunas veces, otras triste, y sin duda en su rudeza no dejaba de comprender que era incapaz de hacerse amar por Inés. Su cólera no podía menos de derivarse de la conciencia de su brutalidad. Si no hubiera mediado el ambicioso interés, que era su alma, quizás D. Mauro habría sido naturalmente afable y hasta cariñoso con la que pasaba por su sobrina; pero la falta de educación, de delicadeza, de modales y de sentido común le perdía, haciéndole, no sólo aborrecible, sino espantoso á los ojos de la misma á quien deseaba interesar.

Las dificultades para sacar á Inés del poder de los Requejos aumentaban de día en día con la supleáz vigilancia de la Restituta, pero esto no me desanimaba, y firme en mi